



El templo es el signo de la Iglesia y la Iglesia es el signo de la presencia y morada de Dios entre los hombres. "He aquí la tienda de Dios con los hombres; habitará con ellos, y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será su Dios con ellos" (Apo. 21, 3).

Pero la presencia de Dios entre su pueblo, la Iglesia, es una presencia activa a la que corresponde también una actitud activa de parte del Pueblo de Dios y de cada uno de sus miembros.

A estos conceptos y realidades tiene que ajustarse la arquitectura.

En el templo católico habita Jesucristo, el Hijo de Dios humanado, hecho Eucaristía. Para El habrá de prepararse el lugar más digno: el altar mayor u otro igualmente noble en la capilla del Sacramento.

El templo cristiano es también salón donde se anuncia y proclama la palabra de Dios a los hombres. La arquitectura no podrá olvidarse de dar al templo las condiciones que para tal función se requieren.

Sobre el altar del templo católico se hace presente el sacrificio que Cristo Redentor ofreció en la cruz. En el sacrificio del altar han de participar los fieles ofreciendo y comiendo la Eucaristía. La ofrenda habrán de hacerla en cuerpo de comunidad y habrán de recibir el cuerpo de Cristo para reforzar su unión con Cristo y con la comunidad del Pueblo de Dios. El buen arquitecto tendrá que ordenar todos los elementos a este objetivo primordial.

En las inmediaciones del templo o en relación con la entrada del templo, el Bautismo reclama su lugar y su pila para dar a los hombres la filiación divina e incorporarlos a la comunidad de los hijos de Dios. El templo parroquial es incompleto si carece de un digno baptisterio desde el que los hombres pasen del pecado a la luz de la fe y de la gracia.

Por la absolución sacramental retorna el hombre pecador a su nobilísima condición de hijo adoptivo de Dios y es en el templo donde normalmente se consuma esta "metanoia" o conversión y transfiguración. El templo, pues, habrá de ofrecer al creyente, en una capilla penitencial o en confesonarios de fácil acceso, la oportunidad del que arrepentido, y no sin emoción, va buscando en el sacramento de la regeneración postbautismal.

Y si el templo es parroquial, tendrá que abrirse a todas las necesidades espirituales y a algunas de las necesidades temporales que la familia parroquial pueda sentir en la educación cristiana de sus hijos, en sus obras de apostolado, en sus asociaciones, en sus mismos recreos y diversiones.

El arquitecto que despliegue sobre su mesa este programa comprenderá muy bien que no hay estilos arquitectónicos inaceptables para los templos cristianos. Si ayer fueron el gótico, el románico y el bizantino, hoy puede serlo cualquier estilo nuevo que con dignidad y sencillez exprese, como signo, que Dios habita entre los hombres, que el diálogo está abierto entre Dios y los hombres y que los hombres se hacen y se sienten hijos adoptivos de Dios.